

conéctate

CAMBIA TU MUNDO CAMBIANDO TU VIDA

CONECTAR CON DIOS

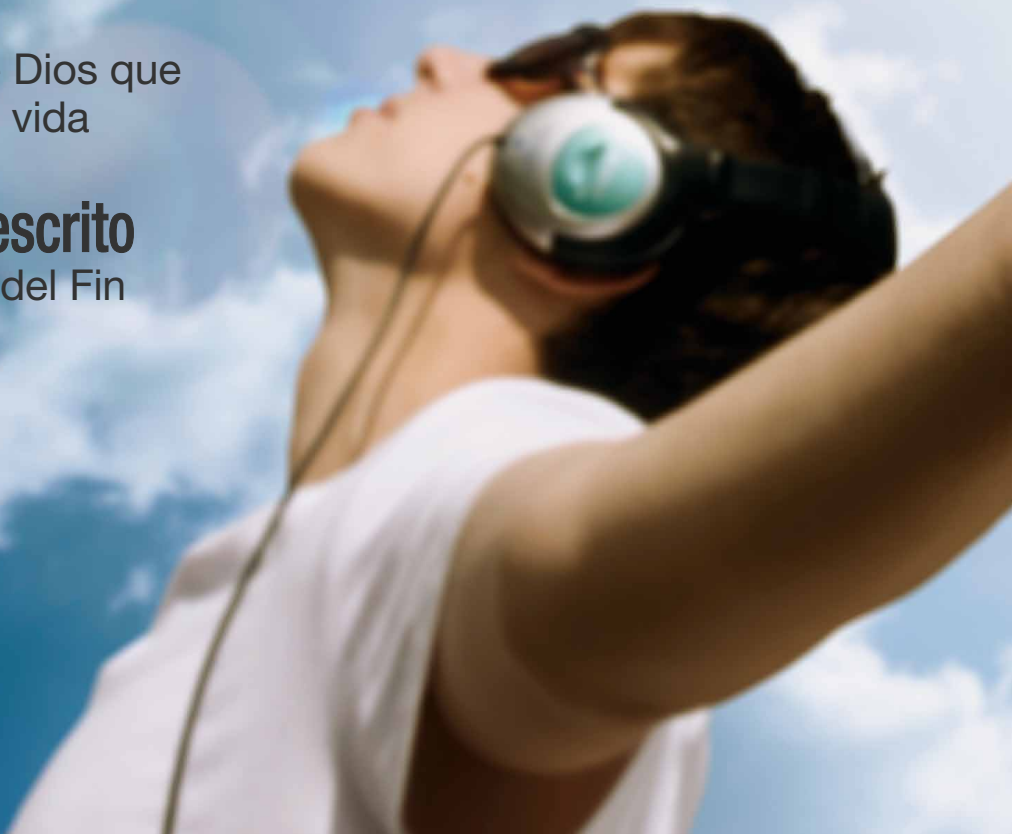
Es más fácil de lo que
probablemente te imaginas

Arroyos que nunca se secan

Promesas de Dios que
cambiarán tu vida

Ya estaba escrito

Más señales del Fin



Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en:

www.conectate.org

México:

Conéctate
Apartado 11
Monterrey, N.L., 64000
conectate@conectate.org
(01-800) 714 47 90 (número gratuito)
(52-81) 81 34 27 28

Chile:

Conéctate
Casilla de correo 14.982
Correo 21
Santiago
conectatechile@mi-mail.cl
(0) 94 69 70 45

Colombia:

Conéctate
Apartado Aéreo 85178
Santafé de Bogotá, D.C.
conectate@andinet.com

Estados Unidos:

Activated Ministries
P.O. Box 462805
Escondido, CA 92046-2805
info@activatedministries.org
(1-877) 862 32 28 (número gratuito)

Argentina:

conectatearg@lycos.co.uk

Europa:

Activated Europe
Bramingham Pk. Business Ctr.
Enterprise Way
Luton, Beds. LU3 4BU
Inglaterra
activatedEurope@activated.org
+44 (0) 845 838 1384

A NUESTROS AMIGOS



Es curioso pensar que nuestros medios modernos de comunicación habrían sido completamente incomprensibles para una persona que vivió apenas unas generaciones atrás. Sin embargo, levantamos el auricular y hablamos por teléfono con un interlocutor que está a miles de kilómetros de distancia sin pensarlo dos veces. O enviamos por correo electrónico una carta a un colega que se encuentra del otro lado del planeta y confiamos en que le llegará en cuestión de minutos.

Para quienes nunca lo han intentado, el concepto de comunicarse con Jesús por medio de la oración es probablemente tan inconcebible como serían para nuestros antepasados el teléfono o la Internet, pese a que el recurso de la oración es tan sencillo y práctico como levantar el auricular de un aparato telefónico y llamar a nuestro mejor amigo, con la diferencia de que nunca te dará señal de ocupado ni te responderá un contestador automático. Además, despreocúpate, que ¡no hay tarifas de larga distancia!

En el presente número de *Conéctate* incluimos algunos artículos estupendos sobre la oración, nuestra línea directa al Cielo y canal de comunicación con el Señor. Dicho sea de paso, nos encantaría orar por ti o por algún ser querido tuyo si es que lo necesitas. Cuéntanos por qué quieres que reemos, y te acompañaremos elevando tu pedido al Señor. Jesús prometió: «Si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la Tierra acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho por Mi Padre que está en los Cielos» (Mateo 18:19).

Hasta la próxima. Que Dios te bendiga y te guarde, a ti y a los tuyos.

Gabriel
En nombre de *Conéctate*

Año 1, número 3

DIRECTOR **Gabriel Sarmiento**

DISEÑO **Giselle LeFavre**

ILUSTRACIONES **Doug Calder**

PRODUCCIÓN **Francisco López**

© Aurora Production AG, 2006. <http://es.auroraproduction.com>

Es propiedad. Impreso en Taiwan.

A menos que se indique otra cosa, todas las frases textuales de las Escrituras que aparecen en *Conéctate* provienen de la versión Reina-Valera de la Biblia, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.

Conectar

CON DIOS

DIOS NO CONCIBE LA ORACIÓN COMO UN RITO, sino como un animado intercambio, un diálogo afectuoso entre buenos amigos.

Lamentablemente, hoy en día impera la idea de que no es posible hablar con Dios en esos términos. Algunas personas piensan que su falta de religiosidad les impide acercarse de ese modo al Creador. Otras tienen la idea de que el Padre celestial es tan sublime que se encuentra sumamente alejado de nuestra realidad. Hay quienes piensan que tiene mucho que hacer para interesarse por ellos y sus problemas, y que las cuestiones terrenales carecen de importancia para Él. Unos se consideran indignos y muy imperfectos. Otros se sienten culpables o avergonzados de ciertos actos que han cometido. Hay quienes incluso abrigan miedo de Dios. ¡Ojalá comprendieran que Él lo ve todo con ojos muy distintos!

El Señor desea mantener una relación personal con cada uno de nosotros. Quiere que ésta constituya el aspecto más profundo, trascendental, satisfactorio y gratificante de nuestra vida. Eso no significa que se proponga restar categoría a las demás relaciones y actividades que nos ocupan y que consideramos importantes. Todo lo contrario: quiere formar parte de ellas. Pretende facilitarnos las cosas, dar un nuevo sentido a nuestras vivencias, y además disfrutar de ellas al lado nuestro. En resumidas cuentas, quiere realzar nuestra existencia y añadir toda una nueva dimensión a cuanto hacemos por medio de Su amorosa presencia.

Pero, ¿cómo se entabla una relación fluida y abierta con el Padre celestial, sobre todo cuando uno se considera insuficiente y poco espiritual? ¿Cómo se establece esa conexión? La respuesta a este interrogante es muy sencilla: por medio de Su Hijo Jesús.

Ninguno de nosotros es capaz de concebir lo grande y maravilloso que es Dios nuestro Padre. Él y Su Espíritu trascienden el universo. Hasta tal punto está por encima de nuestra comprensión que tuvo que darnos una Persona capaz de ejemplificarnos Su amor, Alguien con quien pudiéramos identificarnos, Alguien que pusiera a Dios a la altura de nuestro limitado entendimiento humano. Por eso nos envió a Su Hijo Jesús.

Jesús ha estado con Dios desde el principio, pero también vivió en la Tierra entre los seres humanos como uno más. Experimentó todas las alegrías y desdichas que nosotros tenemos (v. Juan 1:1-3,14; Hebreos 4:15). Estuvo en este mundo, y por tanto nos comprende y constituye el vínculo entre Dios y nosotros (v. 1 Timoteo 2:5).

Jesús es muy accesible: se puede perfectamente entablar una relación personal con Él. Hasta nos dijo que le pidiéramos que entrara en nuestro corazón: «He aquí, Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye Mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo» (Apocalipsis 3:20). Es posible establecer contacto directo y personal con Jesús, acercarnos a Dios por medio de Él. Si has orado para aceptar a Jesús como tu Salvador, ya tienes esa conexión. ■

(EXTRACTO DEL LIBRO ORACIÓN EFICAZ, DE LA COLECCIÓN ACTÍVATE.)

ARROYOS

QUE NUNCA SE SECAN

nUNCA ME OLVIDARÉ del día en que finalmente tomé conciencia de que las promesas de la Biblia eran concretas, de que podía aplicarlas a mis necesidades cotidianas. Fue una revelación para mí darme cuenta de que Dios era muy preciso en las innumerables promesas hechas en la Palabra y que Él las cumpliría al pie de la letra con tal de que yo las invocara con fe y con seguridad.

La Palabra de Dios dice que se nos han hecho «preciosas y grandísimas promesas» para que por medio de ellas lleguemos a ser «participantes de la naturaleza divina» (2 Pedro 1:4). Sin embargo, a causa de mi limitado entendimiento, esas promesas no eran para mí más que hermosas alegorías. No eran para tomárselas en serio ni aplicarlas a nuestra experiencia cotidiana.

En ese sentido yo me parecía a una mujer muy ignorante que vivió la mayor parte de su vida en un remoto rincón de las tierras altas de Escocia. Era tan pobre que la iglesia le pagaba el arriendo de la casa. Cierta día, cuando el pastor fue a llevarle el dinero del alquiler, le dijo:

—Sra. McKintrick, ¿cómo es que su hijo no la mantiene? Tengo entendido que goza de una estupenda posición en Australia y que es un buen muchacho y la quiere mucho. ¿No es así?

—No lo dude usted —dijo la señora—. Nunca se olvida de mí. Todas las semanas me escribe una carta de lo más cariñosa.

Aquello despertó la curiosidad del pastor, ansioso de saber más de un muchacho que quería tanto a su madre y, sin embargo, no la mantenía. Así que pidió ver algunas de las cartas. La mujer le mostró dos paquetes.

—Éstas son sus cartas —le dijo entregándole el primero de ellos—. Y éstos son los lindos dibujitos que me envía con cada una. Caben exactamente en los sobres. Se ve que piensa en mí constantemente.

—¿Un dibujo con cada carta? —A esas alturas la curiosidad del pastor era incontenible—. ¿Me los mostraría, si es usted tan amable?

—¿Cómo no? —respondió ella—. Algunos son de un hombre montado a caballo, y otros son retratos del Rey. Mire. Éste muestra al rey de Inglaterra. ¡Viva el Rey!

—¡Viva su hijo! —dijo el pastor atónito—. Mi estimada amiga, ¿se da usted cuenta de que es rica? Esto es dinero. ¡Tiene usted una buena suma! ¡Y pensar que ha pasado penurias y necesidad cuando todo este tiempo ha tenido aquí mismo en su casa billetes que usted creía que eran lindos dibujitos!

Pues lo mismo me pasaba a mí con las promesas de la Palabra de Dios. Las consideraba bonitos dibujos, hermosas ale-

Virginia Brandt Berg

**NO ENTENDÍA
HASTA QUÉ
PUNTO QUERÍA
DIOS QUE
TOMARA SUS
PROMESAS
AL PIE DE LA
LETRA.**

gorías. No entendía hasta qué punto quería Dios que las tomara al pie de la letra.

En la Palabra de Dios se nos han hecho preciosas y grandísimas promesas. Además, hay cientos de ellas. ¡Nuestros recursos son ilimitados! Son arroyos que nunca se secan.

Expectación

Los cristianos se dividen en dos categorías: los que oran y cuentan con que suceda algo; y los que oran sin albergar la menor esperanza de que suceda nada.

La oración es un medio para conseguir un fin, un vínculo entre la necesidad humana y los recursos divinos. La oración no es una simple entrega a contemplaciones piadosas que no producen sino un efecto subconsciente en el individuo. La oración es algo sumamente práctico, un medio tan concreto, uniforme y real como las comunicaciones telefónicas. El que contesta en el otro extremo de la línea —Dios mismo— nos dice: «Pedid, y se os dará. No tenéis, porque no pedís» (Mateo 7:7; Santiago 4:2).

Aceptación

A Dios le corresponde dar; a nosotros, recibir. Las Escrituras dicen: «Todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá» (Marcos 11:24). Cuando pedimos algo orando, ése es el momento de *crear*. Si lo hacemos, recibiremos lo que procuramos.

«Esta es la confianza que tenemos en Él, que si pedimos alguna cosa conforme a Su voluntad, Él nos oye. Y si sabemos que Él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho» (1 Juan 5:14,15). No dice que las tendremos en un futuro incierto, sino que las tenemos ya, ahora mismo, no porque nuestros sentidos nos lo indiquen, sino porque Dios lo ha dicho.

«Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve» (Hebreos 11:1). La fe consiste en creer



que Dios va a responder aunque todavía no se evidencie esa respuesta. Lo que cuenta no es lo que nosotros pensemos al respecto, sino lo que Dios diga. No importa lo que sintamos, sino lo que nuestra fe reivindique.

Fe apropiadora

Desesperado por ilustrar ante sus feligreses el principio de la fe apropiadora, un pastor ofreció en cierta ocasión un valioso reloj de bolsillo a un grupo de muchachitos sentados en primera fila.

—Dime jovencito, ¿te gustaría tener este reloj? —le preguntó al mayor de ellos.

—¡No me tome el pelo! No lo dice usted en serio —respondió el chico.

Repitió la pregunta al que estaba a su lado y a cada uno de los otros. En todos los casos la respuesta fue similar.

Al final, el pastor ofreció el reloj a un chiquillo de unos cinco años que se hallaba sentado al borde de la banca, con el rostro radiante y los ojos clavados en el reverendo.

—A ver, jovencito, ¿te gustaría...?

No tuvo que decir más. Con su manito regordeta el niño rápidamente tomó el reloj y en un santiamén se lo metió en el bolsillo. Acomodándose nuevamente en la banca comentó, con un suspiro de satisfacción propio de una persona mayor, que eso era justamente lo que había querido desde hacía un tiempo.

Al concluir el culto, los otros muchachos se acercaron al pastor para protestar.



—¿Cómo íbamos a saber que hablaba usted en serio? Ese era justo el tipo de reloj que yo quería. Si hablaba en serio, ¿por qué no me lo puso en la mano para que lo supiera?

El más pequeño fue el único que tuvo fe apropiadora y la puso en práctica.

Acción

Muchas personas creen en las promesas de Dios, pero con un criterio impersonal e impreciso: «Es cierto que se aplican en sentido general, pero no específicamente a mí o a esta situación», aducen. En cambio, quien obtiene auténticos resultados es quien una vez que ha pedido algo a Dios, actúa en consecuencia y procede como si ya lo poseyese. Toma al pie de la letra una promesa de Dios y la da por hecha. Eso se llama *afirmarse en la fe*.

Una ilustración espléndida de este principio se halla en el pasaje en que Jesús, dirigiéndose a unos leprosos que habían acudido a Él para que los sanase, les pide que se presenten ante el sacerdote para ser limpiados. Jesús aún no los había curado, pero el versículo dice que «mientras iban, fueron sanados». En la medida en que tradujeron su fe en hechos y obedecieron —pese a que todavía no habían visto la respuesta a sus oraciones—, Dios les salió al encuentro

(Lucas 17:12-14). Cuando desplegamos una *voluntad creyente*, Dios honra ese paso y nos responde. Como se ha dicho alguna vez: «Cuando la fe va al mercado, lleva consigo un canasto».

Firmes en la fe

En una ocasión yo había orado y había hecho todo lo que sabía hacer. No obstante, mi oración no era respondida. Había agotado todos mis recursos y no me quedaba nada por hacer. ¿Por qué no respondía Dios a mi oración?

Mientras hojeaba mi Biblia y oraba, mis ojos dieron con estas breves palabras: «Habiendo acabado todo, estad firmes» (Efesios 6:13). En ese momento vi la luz. Prácticamente había estado culpando al Señor por no responder mi oración, cuando en realidad yo no había estado cumpliendo en absoluto con la parte que me correspondía. No me había afirmado en la fe.

Entonces comencé a alabarle y a agradecerle que la respuesta ya estuviera en camino. En menos de seis horas la obtuve; pero no es que en el momento en que la vi con mis propios ojos se tornara más real que cuando asumí una postura firme de fe. Lo que había pedido era ya mío. Vemos como consecuencia de haber creído; no al revés.

Contrariamente a lo que cree mucha gente, la fe no está revestida de grandiosidad. No es un sentimiento glorioso ni una sensación extraordinaria. Consiste simplemente en *tomarle la Palabra a Dios*. Así como extendemos la mano para asir algo, la fe es la mano espiritual que se extiende para tomar posesión de las promesas de Dios.

Conéctate hoy mismo con Dios por medio de la oración y preséntale tus peticiones reclamando Sus promesas. Él nunca nos defrauda. ■

(EXTRACTO DEL LIBRO DE VIRGINIA BRANDT BERG QUE LLEVA EL MISMO TÍTULO.)

**LA FE ES
LA MANO
ESPIRITUAL
QUE SE
EXTIENDE
Y RECIBE.**

Oración para hoy

Jesús...

Gracias por comprender lo que albergo en el corazón. Te agradezco que no tenga que preocuparme de si me vas a entender. Cuando no logro hablar con claridad y titubeo, o cuando no hallo las palabras precisas para expresar lo que en verdad quiero decirte, agradezco que simplemente pueda echarme en Tus brazos y que Tú le encuentres sentido a lo que digo. Te doy gracias porque ni siquiera tengo que emplear siempre palabras. Tú entiendes todo lo que intento decirte cuando me desahogo contigo.

PERDIERON EL BUS

GENTILEZA DE BEN Y REBECA
WATERS, MISIONEROS EN
ECUADOR



—OTRA VEZ PERDÍ

el bus —exclamó Miguel con un suspiro después de haber trabajado horas extra.

En ese preciso momento, Pablo entró en la oficina.

—Pensé que te habías ido a tu casa hace un rato —dijo Miguel—. ¿Por qué volviste?

—Se me olvidó la Biblia —respondió Pablo—, y ahora yo también perdí el autobús.

Al instante escucharon un chirrido de llantas seguido de un fuerte choque. ¡Se había producido un grave accidente!

Miguel y Pablo quedaron atónitos al enterarse de lo ocurrido. Los frenos de un camión acoplado, cargado de hierro, fallaron segundos antes que entrara en una fuerte pendiente. El conductor perdió el control y chocó precisamente contra el bus que ellos tomaban normalmente. Murieron doce personas, y treinta y cinco quedaron malheridas.

Todos los días, María, la esposa de Miguel, ora por la protección de su marido. Aquel día Dios respondió milagrosamente.

DEJARSE CAERSE

VIVENCIAS

MARÍA MORROW

Cuando era niña jugábamos a ponernos rígidos como una tabla y dejarnos caer de espaldas en los fuertes brazos de un adulto situado detrás de nosotros. Es curioso, pero a pesar de las muchas veces que lo vi y lo hice yo misma, me resultaba difícil no doblar las rodillas ni hacer ningún otro acto reflejo en el último momento para evitar la caída. Simplemente tenía que dejarme caer, sin acobardarme, venciendo mis impulsos naturales y

mis reflejos. Era necesario que confiara sin reservas en la persona que estaba allí para evitar que cayera al suelo.

Entre las personas de fe se habla a menudo de apoyarse en Jesús. Hay un himno clásico que nos insta a apoyarnos en Sus brazos eternos. La idea es apoyarse en Él al enfrentarse a penalidades y apuros. Yo lo he hecho mucho. Y he descubierto que Él es fuerte y estable, y una fuente inagotable de energías y consuelo. Me apoyé mucho en Él durante los largos y difíciles años en que mi marido padeció una enfermedad que puso en riesgo su vida. Y me apoyé aún más cuando me tocó librar una dura batalla contra el cáncer. En ningún momento dejó el Señor de sostenerme. Aun cuando se me hacía muy difícil, Él me levantaba y me llevaba en brazos.

Hace poco viví otra época penosa que me sumió en la desesperación, una época tan lóbrega y sombría que no podía sentir la presencia de Jesús ni verlo obrar en mi vida. Tenía la certeza de que estaba presente, pero ¿por qué lo percibía tan distante? Me veía como extendiendo los brazos hacia Él implorándole amor, fuerzas y aliento vital. Entonces, en respuesta a mi sentida oración, oí Su tierna voz que me decía: «Si no me ves ni alcanzas a tocarme es porque no estoy frente a ti, sino detrás. Te envuelven Mis fuertes brazos, te sostienen desde atrás. Basta con que recuestes la cabeza sobre Mi hombro y descansas. No extiendas los brazos. No te esfuerces por buscar Mi presencia. Simplemente reposa en Mis brazos eternos».

LA TREMENDA PAZ QUE ME INVADIÓ EN ESE MOMENTO CALÓ HONDO EN MÍ.

La tremenda paz que me invadió en ese momento caló hondo en mí. En los duros meses que siguieron me apoyé en Jesús como nunca. Es difícil explicarlo, pero era una forma distinta de apoyarme, más completa.

La situación se tornó aún más complicada. Contraí una enfermedad crónica que me debilitó, y a veces el dolor hacía estragos en mí. En esa época difícil en que carecía de fuerzas propias, oí de nuevo la suave voz de Jesús diciéndome: «Relájate y confía en Mí sin reservas. Déjate caer en Mis brazos, como cuando jugabas de niña».

Fue una experiencia muy vívida, y vi proyectarse en mi cabeza unas secuencias en cámara lenta. Me encontraba en medio de una intensa tormenta, en la cima de una montaña de pesares. Extendí los brazos, me incliné hacia atrás y me dejé caer en total abandono, con plena confianza. Poco a poco fui saliendo de aquel paraje signado por el dolor y la tempestad para caer en brazos de Jesús. Sentí que caía suavemente, envuelta en amor, y me encontré flotando en una oscuridad hermosa, tranquila, salpicada de estrellitas. Podría llamarlo espacio, pero no era un lugar vacío. Estaba lleno de vida, y por su sola naturaleza me llenó de valor y de fe.

Sentí que me elevaba, cada vez más, muy por encima de las montañas. El viento fresco me soplaba en la cara. Volaba en las alas del viento. Recordé el versículo que dice: «Los que confían en el Señor renovarán sus fuerzas; volarán como las águilas» (Isaías 40:31, NVI). Recuperé la alegría, y mi espíritu cobró nuevas fuerzas. Fue increíblemente estimulante y reconfortante.

Luego oí de nuevo la voz de Jesús: «Este es tu espacio de libertad. Cuando tu cuerpo esté cautivo en el lecho del dolor, deja volar tu espíritu. Déjate caer en Mis brazos. Suéltate y déjate caer».

De repente, el concepto de apoyarse en Jesús cobró para mí un nuevo sentido. Aprendí a dejarme caer relajadamente sabiendo que me recogerían Sus brazos. ¡Fue una experiencia inolvidable!

Pese a todos los conocimientos y experimentos científicos, todavía no se ha inventado una píldora que nos confiera paz interior en cualquier circunstancia. En el mercado no existe una poción mágica para un alma sumida en la desesperanza, ni un reconstituyente para un espíritu agobiado por una carga insostenible.

Yo me he visto en esa situación, y he descubierto esa paz. Aunque exteriormente sigo igual, mi alma se sanó; me libré del dolor interior, que es más difícil de soportar que el físico. ¡Soy libre! ■

MARÍA MORROW ES VOLUNTARIA DE
LA FAMILIA EN LOS EE.UU.

*Recuperé la
alegría,*

*y mi espíritu
cobró nuevas
fuerzas.*

*Fue
increíblemente
estimulante y
reconfortante.*



{Manuel y
Jesús}

Manuel y Jesús

SE CUENTA QUE CIERTO CURA se empezó a preocupar de un viejo mendigo que todos los días, a las doce del mediodía, entraba a la iglesia y a los pocos minutos volvía a salir. ¿Qué intenciones podía tener? Decidió informar al portero y le pidió que la próxima vez interrogara al anciano. Al fin y al cabo, en la iglesia había bastantes objetos de valor.

—Vengo a rezar —respondió el anciano al portero cuando éste le preguntó.

—Vamos, no me tome el pelo. Usted nunca se queda en la iglesia el tiempo necesario para rezar.

—Lo que pasa —continuó el andrajoso anciano— es que no sé hacer una oración larga, pero todos los días a las doce vengo y digo: «Hola, Jesús, soy Manuel». Espero un minuto y luego me voy. Es sólo una oracioncita, pero yo creo que Él me escucha.

Poco tiempo después, cuando Manuel sufrió un accidente y fue hospitalizado, ejerció una estupenda influencia en los enfermos de su

pabellón. Los pacientes quejumbrosos se volvieron alegres, y con frecuencia se escuchaban risas en el pabellón.

—Manuel —le dijo un día la enfermera que lo atendía—, todos afirman que a usted se debe el cambio que ha ocurrido en el pabellón. Dicen que usted siempre está contento.

—Sí, es verdad. Y ¿cómo no voy a estar contento? Es mi visitante, que todos los días viene a alegrarme la vida.

—¿Su visitante? —preguntó la enfermera confundida.

En las horas de visita ella siempre observaba que no había nadie en la silla del pobre Manuel, pues no tenía familiares.

—¿Su visitante? Pero ¿cuándo viene?

—Todos los días —respondió Manuel, al tiempo que se le iluminaba la mirada—. Todos los días a las doce del mediodía viene y se pone a los pies de mi cama. Lo miro, y Él me sonrío y me dice:

—Hola, Manuel, soy Jesús.

¿Qué es la oración?

Simplemente comunicarse con Jesús, tal como uno haría con un buen amigo. No tienes por qué seguir ningún procedimiento fijo para que Él te escuche. La eficacia de la oración no depende de la postura del cuerpo, sino de la actitud del corazón.

No tienes más que decirle a Jesús lo que estás pensando. A Él le encanta escucharte. Resolverá tus problemas o bien te dará las fuerzas para sobrellevarlos

Si bien el tema de la oración es extensísimo, exponemos a continuación algunos consejos que te pueden ayudar a obtener buenos resultados:

1) Ora de todo corazón. En muchos casos, la intensidad con que solicites asistencia divina se verá reflejada en la respuesta que recibas.

2) Sé concreto. Dile a Jesús exactamente cuál es el problema y qué quieres que haga al respecto.

3) Invoca las promesas de Dios. En la Biblia Dios nos ha hecho muchas promesas que cumplirá en respuesta a tus oraciones. Él desea que se las recuerdes.

4) Agrádecele a Dios que te conteste. Agradece la respuesta aun antes que llegue. La alabanza mueve a Dios a interceder por ti.

¿Cuánto pesa una oración?

¿CUÁNTO PESA UNA ORACIÓN? El único hombre que yo sepa que intentó pesar una no consiguió averiguarlo.

Él pensaba que lo sabía. Fue en la época en que era dueño de una tiendecita de comestibles, justo una semana antes de la Navidad de 1918. Una mujer de aspecto fatigado entró en la tienda a pedirle los víveres necesarios para preparar una cena navideña a sus hijos. Él le preguntó de cuánto dinero disponía.

—Mi marido murió en la guerra —respondió la mujer—. Sólo puedo pagarle con una pequeña oración.

Este hombre confiesa que en aquella época él no se conmovía con mucha facilidad. No se podía administrar una tienda de comestibles de la misma manera que una institución de caridad. Así que le dijo bruscamente:

—Escríbala.

Y continuó con su trabajo.

Sorpresivamente, la mujer sacó de su escote un papelito, se lo entregó por encima del mostrador y dijo:

—La escribí anoche, mientras cuidaba de mi bebé, que está enfermo.

Sin reponerse de su asombro, el tendero tomó el papel, aunque luego se arrepintió de haberlo hecho. ¿Qué podía hacer con él? ¿Qué podía decirle?

De pronto se le ocurrió una idea. Sin leer siquiera la oración, colocó el papel en uno de los platillos de su vieja balanza, diciendo:

—Veamos a cuánta comida equivale.

Nuevamente quedó desconcertado, pues la balanza ni se movió al poner sobre el otro platillo una barra de pan. Tampoco cambió de posición cuando fue añadiendo otras mercaderías, todo lo que encontró rápidamente a la mano, puesto que los demás clientes lo observaban. Su nerviosismo fue en aumento, y se ruborizó.

Por fin dijo:

—Bueno, ya no cabe nada más en la balanza. Tome esta bolsa. Y se dio la vuelta.

Ahogando un sollozo, la mujer tomó la bolsa y comenzó a guardar las provisiones, mientras se secaba las lágrimas con la manga de su vestido cada vez que tenía un brazo libre. Él trataba de no mirar, pero no pudo evitar ver que le había dado una bolsa bastante grande y que no estaba del todo llena. De modo que tomó un queso y lo deslizó por el mostrador, sin decir palabra. De haberse atrevido a mirar a la señora, su generosidad se habría visto recompensada por una tímida sonrisa y una mirada de profunda gratitud.

Cuando la mujer se fue, el tendero examinó la balanza, que había funcionado bien con los anteriores clientes. Estaba descompuesta, pero no logró averiguar cómo se había estropeado.

El tendero nunca había visto a esa señora, ni la volvió a ver.

Sin embargo, toda la vida la recordó más que a ninguna otra cliente, y siempre conservó la hojita de papel en que estaba escrita su sencilla oración: «Por favor, Señor, danos hoy el pan de cada día».

ANÓNIMO

RESPUESTAS A TUS INTERROGANTES

Me han dicho que la oración es eficaz, que cuando rece, Dios me responderá. ¿Por qué entonces algunas de mis oraciones no son respondidas?

Todos sufrimos decepciones cuando las cosas no resultan como esperábamos. Si encima no se produce un desenlace por el que hemos orado, la decepción es mayor. Primero, porque no obtuvimos lo que queríamos; y segundo, porque nos da la impresión de que Dios nos ha fallado.

Aun cuando hay motivos evidentes y lógicos por los que algo no ha salido como esperábamos, no acabamos de comprender por qué Dios no nos concede de todos modos nuestra petición. Al fin y al cabo, si es Dios, puede hacer cualquier cosa, y si nos ama tanto como lo afirma la Biblia, ¿por qué no ha de contestarnos? En casos así, es fácil achacarle a Dios que no ha respondido nuestra oración.

Aunque no está bien interpelar a Dios de forma acusadora, sí conviene preguntarle por qué las cosas no resultaron como esperábamos. Eso nos ayudará a obtener mejores resultados la próxima vez.

Lo primero que hay que tener en cuenta es que Dios tarde o temprano siempre hará lo que más conviene para todas las personas afectadas y que en ningún caso dejará de cumplir las promesas que nos ha hecho en la Biblia. En cambio, nosotros sí somos falibles y a veces no cumplimos. Hay que tener en cuenta también que al concedernos Dios libre albedrío, Sus respuestas están supeditadas a lo que nosotros u otras personas elijamos o decidamos.

He aquí algunas preguntas que nos podemos plantear cuando parezca que nuestras oraciones no hallan respuesta:

- ☒ ¿Mi petición estuvo motivada por amor desinteresado? ¿Tuvo en cuenta el bienestar de todos los afectados?
- ☒ ¿Tuve fe e invoqué promesas de la Palabra de Dios?
- ☒ Además de rezar, ¿puse todo de mi parte para que se produjera el resultado deseado?
- ☒ ¿Se vio Dios impedido de hacer lo que le solicité a causa de las decisiones de terceros?
- ☒ ¿Será que todavía no era el momento propicio para que Dios respondiera o que no era eso lo que Él había dispuesto para mí?
- ☒ ¿Se demostrará a la larga que Dios escogió lo que era mejor?

Los retrasos de Dios no son rechazos

Dios responde sin falta a nuestras oraciones, mas no siempre de inmediato ni como esperábamos. A veces dice que sí, a veces dice que no, y otras dice: «Espera». Cuando oramos por otras personas, inciden diversos factores, entre ellos tú y tu situación, Dios y Su voluntad, y la situación de aquellos por quienes oras. Tú no determinas por completo el resultado de tus propias oraciones; los demás tampoco; y Dios se ha impuesto limitaciones para no ejercer un dominio total. Naturalmente, por eso a veces la respuesta no es inmediata. Cuando las condiciones sean idóneas para el resultado que Dios considera óptimo, Él actuará. Así que no dudes ni por un instante que Dios te va a responder. Confía en Él y agrádecele la respuesta aunque no la veas enseguida.

David Brandt Berg

LECTURAS ENRIQUECEDORAS

PARA ORAR CON EFICACIA

Alaba y da gracias al Señor antes de hacerle peticiones.

Hebreos 11:6
Santiago 1:5-7
Salmo 95:2
Salmo 100:4
Filipenses 4:6

Sé explícito y pide lo que necesitas.

Mateo 7:7,8
Mateo 21:22
Juan 16:24
Santiago 4:2b

Reza en el nombre de Jesús.

Juan 14:13,14
Juan 16:23

La oración también implica escuchar a Dios.

Números 9:8
1 Samuel 3:9,10
1 Reyes 19:11,12

Ora con fe.

Mateo 21:21,22
Marcos 11:24
Romanos 4:21

Obedece a Dios y haz Su voluntad.

Juan 9:31
Juan 15:7
1 Juan 3:22

Sométete a Dios y procura que tu oración sea acorde con Su voluntad.

Salmo 143:10
Mateo 6:10
Lucas 22:42
Juan 5:30
1 Juan 5:14

Reza con humildad.

Daniel 9:18b
Lucas 18:10-14
Santiago 4:6

Cuando ores, recuérdale a Dios Sus promesas.

Génesis 32:6-12
Nehemías 1:4-11

Con mi telescopio puedo penetrar millones de millas en el espacio. No obstante, si dejo a un lado mi telescopio, me encierro en mi habitación y me pongo de rodillas a orar fervientemente, veo mejor el Cielo y me acerco más a Dios que con la asistencia de todos los telescopios y recursos materiales de este mundo. Isaac Newton

Cada mañana, nada más despertarte, todos los deseos y esperanzas que tienes para ese día se abalanzan sobre ti como animales salvajes. Y tu primera tarea cada mañana consiste en repelerlos, en prestar atención a esa otra voz, en adoptar ese otro punto de vista, empapándote de esa otra vida, más amplia, más fuerte y más tranquila. C.S. Lewis

UNA GRAN DIFERENCIA

Me levanté temprano un día y aprisa inicié mi jornada. ¡Tenía tanto que hacer que tiempo para orar no hallaba!

Se acumulaban los problemas, todo iba de mal en peor. Dije: «¿Por qué Dios no me ayuda?» «No lo pediste», respondió.

Ante Él quise presentarme, mas la puerta no se me abría. Con tierna paciencia Él me dijo: «¿Por qué no llamaste, hija Mía?»

Ansiaba más alegría, mas el día seguía triste. Le pregunté a Dios el motivo. Me dijo: «A Mí no acudiste».

Hoy me levanté temprano; pero no inicié mi jornada, por mucho trabajo que había, sin orar antes que nada.

Grace Naessens

YA ESTABA ESCRITO

SEGUNDA PARTE

«¡MAMITA, TENGO HAMBRE!»

«Y habrá hambres...»

¿Se agrava el hambre en nuestra época? En los países en desarrollo 1.200 millones de personas subsisten con menos de 1 dólar al día. De ellos, 780 millones padecen de hambre crónica; en otras palabras, las calorías que consumen a diario no les bastan para llevar una vida sana y activa. Los niños son las víctimas más visibles de la falta de alimentos. La malnutrición causa al menos la mitad de los 10,9 millones de muertes infantiles que hay cada año¹.

En junio de 2002, 32 países sufrían situaciones excepcionales de emergencia alimentaria. Unos 67 millones de personas necesitaban ayuda alimentaria de urgencia como consecuencia de esas crisis. Igual que en años precedentes, la sequía y los conflictos eran la causa más frecuente de situaciones de emergencia, y África era la región más afectada.

En términos mundiales, la sequía y otras condiciones atmosféricas desfavorables provocaron situaciones de escasez de alimentos en 21 de los 32 países en situación de emergencia. La guerra, los disturbios civiles y los efectos prolongados de conflictos anteriores provocaron crisis en 15 países, algunos de ellos castigados ya por el mal tiempo. Los problemas económicos generales representaron una grave amenaza para la seguridad alimentaria en ocho países, frecuentemente en combinación con malas condiciones atmosféricas².

UN PLANETA ENFERMO

«Y habrá pestes...»

Al igual que sucede con la guerra y con el hambre, es alarmante la fuerza y la frecuencia con que diversas epidemias azotan hoy en día a la humanidad.

En el siglo pasado, la ciencia médica cantó victoria prematuramente sobre un amplio espectro de virus y bacterias mortíferos. En 1969, William Stewart —director general de Sanidad de los Estados Unidos— declaró: «Las enfermedades infecciosas han pasado a la historia»³.

Más recientemente, en 1983, un texto de medicina afirmó que las dolencias contagiosas eran «mucho más fáciles de prevenir y tratar» que cualquier otra clase de trastornos⁴.

A pesar de ello, en la década de los 90 la incidencia de dichas enfermedades experimentó un incremento espectacular.

El Dr. Sherwin Nuland, autor del éxito de librería *Cómo morimos*, se lamenta de que «el pretendido triunfo de la medicina sobre los organismos patógenos ha resultado ser una quimera»⁵. En los últimos años los médicos advierten sobre el resurgimiento de cepas bacterianas que podrían resultar más mortales que el sida⁶.

NEFASTOS VIRUS

Los facultativos no se limitan a advertir sobre el aumento de las epidemias de origen bacteriano. También los virus asesinos como el sida y el ébola se están extendiendo cada vez más. El brote de la neumonía atípica en diversas partes del planeta mostró lo vulnerables que somos, aunque puede que el mayor peligro esté en realidad en la gripe.

Los científicos han descubierto que el virus de la gripe ha adquirido la capacidad de sortear la principal defensa que presenta contra él el organismo humano, con lo que aumentan las posibilidades de que se produzca una mortífera pandemia de la enfermedad a escala mundial.

Investigaciones realizadas sobre un brote de gripe aviar que se produjo en 1997 y que mató a un tercio de los seres humanos infectados han revelado que la cepa causal fue capaz de eludir completamente la primera respuesta del aparato inmunológico a la infección, la cual es asimismo la más crucial.

El Dr. Klaus Stohr, coordinador del programa global de la Organización Mundial de la Salud para el control de la influenza, declaró que el brote de 1997 fue «un último aviso de la naturaleza» y que el

mundo debe prepararse para una pandemia de gripe similar a la de 1918, en la que murieron 50 millones de personas.

«La última pandemia ocurrió hace 34 años, y en promedio se producen cada 28. Ya toca una. Es sólo cuestión de tiempo»⁷.

EL GRAN REMEZÓN

«*Habrá terremotos en diferentes lugares...*»

El Almanaque Universal dice que entre los años 1000 y 1800 no se produjeron sino 21 terremotos de gran magnitud. En contraste, entre 1800 y 1900 tuvieron lugar 18 convulsiones sísmicas de consideración. En los 50 años siguientes, entre 1900 y 1950, hubo 33 movimientos telúricos de grandes proporciones, casi tantos como los ocurridos en los 850 años anteriores⁸.

El profeta Isaías predijo igualmente monstruosos terremotos para los últimos tiempos: «Temblarán los cimientos de la Tierra. [...] En gran manera será la Tierra conmovida. Temblará la Tierra como un ebrio, y será removida como una choza [...] el día de la gran matanza, cuando caerán las torres» (Isaías 24:18-20; 30:25).

EL VIOLENTO MUNDO DE HOY

Jesús dijo también que justo antes de Su regreso la sociedad se caracterizaría por una violencia desenfrenada: «Como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre» (Mateo 24:37).

¿En qué estado se hallaba el mundo en los días de Noé? El libro del Génesis explica que en los días de Noé «se corrompió la tierra delante de Dios, y estaba la tierra llena de violencia» (Génesis 6:11). Todos hemos visto con dolor infinidad de titulares sobre luctuosos y violentos sucesos carentes de todo sentido.

Se habla de *violencia política* para referirse a los actos violentos que cometen los gobiernos contra su propia gente o contra pueblos conquistados. Se estima que en


el siglo xx murieron unos 110 millones de personas a causa de las guerras; sin embargo, esa cifra no es nada comparada con los 170 millones de seres que murieron a consecuencia de la violencia política⁹. A todos nos conmovió la pérdida de unas 2800 vidas humanas en los atentados ocurridos el 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington¹⁰. Sin embargo, 170 millones de muertos equivalen a unos 4.600 al día durante 100 años, ¡casi tantos como si en el último siglo se hubieran producido cada día dos atentados como los del 11 de septiembre!

Pero no sólo estamos rodeados de violencia política. En el año 2003 se cometieron en Venezuela más de 21.000 homicidios¹¹. En México ocurren 30.000 al año¹².

(Continuará en el próximo número de *Conéctate*.)



1. *Alleviating protein-energy malnutrition*, OMS, 2003.
2. *El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo*, FAO, 2002.
3. Michael Shnayerson y Mark Plotkin, *The Killers Within: The Deadly Rise of Drug-Resistant Bacteria*, Little Brown & Co., Boston, 2002, pág.18.
4. *U.S. News & World Report*, 29 de ene. de 1996.
5. Sherwin Nuland, en colaboración con Alfred Knopf, *Cómo morimos: reflexiones sobre el último capítulo de la vida*, Alianza Editorial, 1995.
6. Brad Evenson, *Antibiotic-resistant bacteria on the rise*, en *National Post*, 28 de sept. de 2002.
7. Lorraine Fraser, *Deadly flu virus heightens doctors' fears of new pandemic*, en *Electronic Telegraph*, 22 de sept. de 2002.
8. *The Universal Almanac*, Andrews y McMeel, Kansas City, 1993.
9. R.J. Rummel, *Death by Government*, Transaction Publishers, New Brunswick, 1994.
10. *Trade Center death toll revised down by 22*, en *CNN*, 7 de sept. de 2002.
11. Ibsen Martínez, *Del culebrón no aristotélico*, en *Etcéter@*, nov. de 2004.
12. Marcos Tarre, *Infancia amenazada*, en *El Nacional*, dic. de 2004.



Cómo funciona la fe

DE
JESÚS,
CON
CARIÑO

Cuando piensas que una fe no mayor que un grano de mostaza es capaz de mover una montaña (Mateo 17:20), te imaginas que tu fe debe de ser en verdad muy pequeña, puesto que muchas de tus súplicas al parecer quedan sin respuesta. Sé que eso puede descorazonarte. Sin embargo, no debe ser motivo para que no me pidas que obre un milagro cuando lo necesites.

Hay un par de cosas que debes saber acerca de la fe: En primer lugar, no es algo que puedas alcanzar o incrementar por tu cuenta, sino un don de tu Padre celestial. En segundo término, al igual que un músculo, la fe necesita alimento y ejercicio para crecer. El alimento espiritual se obtiene leyendo y asimilando la Palabra de Dios. Y la fe se ejercita poniéndola en acción. Así que aliméntala y practícala mediante plegarias y acciones.

De todos modos, no tienes que esperar a tener una fe sólida para empezar a recibir Mi ayuda. Si necesitas resultados ahora mismo pero te parece que no tienes suficiente fe para obtenerlos, pídemme que te la aumente. Sé como el hombre de la Biblia que me rogó que sanara a su hijo sordomudo. Tenía sobrados motivos para dudar de que alguna vez eso fuera a cambiar; y en efecto, dudaba. Sabía que su fe era débil. De ahí que cuando le pregunté si creía que era capaz de sanar a su hijo, respondió: «Señor, creo; ayuda mi incredulidad». En el momento en que admitió su insuficiencia y me pidió ayuda, obtuvo tanto la fe como el milagro, y su hijo fue sanado instantáneamente.